

Pero para conocer mejor todavía que solo á Dios corresponde la gloria del establecimiento del cristianismo, pongamos á un lado el paganismo con sus emperadores, sus gobernadores proconsulares, sus magistrados y sus verdugos; con sus sacerdotes y todos sus adláteres y todos sus fautores interesados; con sus Cresos y sus grandes señores; con sus prosistas, sus poetas, sus filósofos y sus burlas y sus razonamientos sofisticos; con sus dogmas enteramente sensuales, su moral tan cómoda, su culto embriagador, sus juegos, sus fiestas, sus espectáculos; añadamos sus oráculos, y sus prodigios y sus vicios bajo todas las formas y de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases; su corrupcion pública, universal, desde las mas altas notabilidades hasta el último grado de la gerarquia política, civil y doméstica; añadamos, en fin, ese abismo insondable de desenfreno del espíritu, del corazón, de los sentidos, de la palabra, de la pluma, de las artes, embellecido, ennoblecido y consagrado por aquella religion.—Y al otro lado pongamos al cristianismo solo, sin recurso ninguno, ni de la ciencia, ni de la riqueza, ni de la fuerza; al cristianismo con un nacimiento, un apostolado, un culto, una moral y unos dogmas enteramente desfavorables al hombre pagano; al cristianismo solo, teniendo que habérselas á la vez con enemigos interiores y exteriores. ¿Cuál de los dos debía vencer naturalmente en la balanza? El paganismo, como se ha visto, era la montaña contra el grano de arena, y sin embargo, el grano de arena fué el que venció. ¿Y qué auxilio debió tener para ello? El peso del poder de Dios, y nada menos. La razon lo proclama, y por ese mismo hecho proclama la divinidad del cristianismo, cuyo esplendor va á duplicarse con el exámen de los hechos divinos que han producido su establecimiento en el mundo.

CAPITULO IX.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR LOS HECHOS DIVINOS QUE HAN SERVIDO PARA ESTABLECERLO.

La accion de Dios, que la razon demuestra haber debido intervenir necesariamente en el establecimiento del cristianismo, se halla históricamente revelada por hechos incontestables y divinos de poder, de ciencia, de celo y de virtud. Pero antes de entrar directamente en las pruebas de esos hechos, tal vez no será inútil indicar aqui una especie de presuncion legitima en favor de esas cuatro especies de milagros.

En las ciencias humanas, cuando se comprueba un fenómeno cuya explicacion no puede hallarse en tal ó cual orden especial de leyes de la naturaleza, se dice: La causa está en otra parte. Indágase esa causa, y cuando en otra parte se encuentra una explicacion satisfactoria, se la acoge con placer y se dice: Esta es, porque lo explica todo. Una cuestion religiosa tiene derecho á ser tratada por lo menos bajo el mismo pié que una cuestion científica. Una vez, pues, que está demostrado, no solo que el establecimiento del cristianismo no pertenece á tal ó cual orden de fenómenos naturales, sino que se halla fuera completamente de todo orden de hechos humanos, es preciso buscar su ex-

plicación en otra esfera distinta. Trato de buscarla, y se me presenta una historia: la abro, y esa historia me explica ese establecimiento, humanamente inexplicable por cuatro especies de causas que satisfacen plenamente; so pena de inconsecuencia, debo admitirlas y decir: Por una parte, esas causas son muy posibles; por otra explican muy claramente lo que he reconocido ser humanamente inexplicable, humanamente imposible; luego esas causas, esos hechos son admisibles de antemano y científicamente creíbles, como auténticamente no se prueba que sean falsos.

Busco esa prueba de falsedad, y lejos de hallarla descubro en favor de esos mismos hechos las garantías más sólidas de certeza.

Los apóstoles y sus discípulos inmediatos consignaron y publicaron en sus escritos, en vida suya, la promesa que Jesús les había hecho del poder de hacer milagros (1). De consiguiente, los hacían cuando publicaban esa promesa del Maestro; porque si no, era lo mismo que haber perdido el juicio hasta el punto de destruir á sabiendas con una mano lo que se esforzaban en edificar con la otra; era lo mismo que dar á su Maestro, á quien llamaban su Dios, el mentís más lógico y contundente, y dárselo también á sí mismos públicamente. *Primera garantía.*

«Los tiempos antiguos, nos ha dicho Mr. Guizot (2), nos han dejado muy pocas obras cuya autenticidad se halle tan bien comprobada como la de las *Actas de los Apóstoles*, que refieren una parte de esos hechos, y son atribuidas á San Lucas, médico de Antioquía, contemporáneo, poco lejano de los sitios, y muchas veces hasta testigo ocular. Ese libro se halla citado como obra auténtica de un autor irrecusable por San Ireneo (3), contemporáneo de los discipu-

(1) San Mateo, X, 1, 8.—San Marcos, III, 15; V, 7; XVI, 17.—San Lucas, IX, 1.—San Juan, XIV, 12.

(2) Guizot, en su traducción de Gibbon.

(3) *Contra hæreses.*, lib. III, cap. XII, núm. 1; cap. XIV, núm. 1.

los inmediatos de los apóstoles, y de tan grave autoridad, como ya hemos visto; por Tertuliano (1), por Clemente de Alejandría (2), por Orígenes (3), etc. Nótese además en él, en sus numerosos puntos de contacto con la historia, con la geografía y la antigüedad clásicas, las cualidades de un historiador tan instruido como fiel: en medio de los diversos acontecimientos que tuvieron lugar en las iglesias de la Palestina, en la capital de Grecia, en presencia de las sectas filosóficas, ante el tribunal de los procónsules romanos, en presencia de los reyes de Judea, de los gobernadores paganos de las provincias, en el seno de las olas encrespadas por la borrasca, en todas partes se lee la enunciación de las fechas, de los días, los nombres de los lugares, hasta de las personas públicas, y en todas partes se reconoce una exactitud perfecta, comprobada por los documentos profanos hasta en sus menores detalles (4). En una palabra, el autor de ese libro demuestra la prudente y concienzuda sencillez de un testigo que depone sin quitar ni añadir nada á los hechos que refiere (5). *Segunda garantía.*

Ese mismo libro está estrechamente enlazado con las Epístolas de San Pablo, que dan por supuestos los mismos hechos y atestiguan otros semejantes (6). Esas *Epístolas* se

(1) *Adversus Marcion*, lib. V, c. II, c. III.

(2) *Fragment. Ad umbrationes in priorem Petri epistolam.*

(3) *Epist. ad Africanum*, núm. 9, y á cada paso en su tratado de los principios, en el de la oración, en su exhortación al martirio, en su obra contra Celso.

Véase la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tomo V.

(4) Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, 3.ª série; la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tom. V.

(5) Por ejemplo, en los capítulos XVII, 32; XXVIII, 22, 24. Véase el tomo de los *Anales*, etc.;—*Credibilidad de la historia evangélica*, por Tholuck.

(6) Rom., XII, 6; XV, 19.—1 Cor., II, 4, 5; IX, 1; XII, 8, 9, 10, 28, 29, 30; XIII, 8; XIV, 5, 12, 13, 18.—2 Cor. XII, 12; XIII, 8.—Galat., III, 5.—Ephes., IV, 11.—1 Thessal., 1, 5. En estas Epístolas, San Pablo habla á los fieles á quienes escribe de los milagros que hizo en su pre-

hallan citadas ó indicadas en casi todos los escritos de los hombres apostólicos y de los doctores cristianos de la generación que sucedió al gran apóstol, y si hay algo probado históricamente sobre el Nuevo Testamento, es que desde el primer siglo eran leídas en el culto público, como obra de San Pablo (1). La relación entre las *Actas* y las *Epístolas* es tan íntima que estas en mil lugares contienen alusiones inexplicables sin la narración de las *Actas*; y además, está tan poco calculada, que los puntos de conformidad que la caracterizan parecen en cierto modo fortuitos, y no se dejan percibir sino con las observaciones delicadas de una crítica hábil sobre una porción de pasajes comparados (2). *Tercera garantía.*

Las *Actas* y las *Epístolas*, tan estrechamente enlazadas entre sí, se hallan encadenadas por mil puntos á los cuatro Evangelios, uno de los cuales, el de San Marcos, atestigua formalmente, aunque de una manera general, los mismos milagros (3): en otros términos, hechos y alusiones expresas, evidentes, se ligan y encadenan lógicamente á otros hechos que hemos sometido al examen mas riguroso, y cuya certeza hemos reconocido. *Cuarta garantía.*

Una tradición oral inmensa, inmemorial, unánime, esparcida en una multitud de pueblos separados mas aun por las rivalidades, las antipatías hereditarias, los inte-

sencia y del poder milagroso que ellos ejercen: si no hubiera podido, ¿se hubiera atrevido á hablar así sin la certeza evidente de esos milagros y de ese poder?

(1) *Del origen auténtico y divino del Nuevo Testamento*, por J. E. Cellerier. Las citas de las *Epístolas* de San Pablo en los autores mas antiguos son tan numerosas, que sería sobrado largo indicarlas: véase la *Introducción histórica y crítica*, etc., por J. B. Glaire, tom. VI, y también el número XXXVI de las *Prescripciones* de Tertuliano, donde atestigua la existencia de los originales de esas *Epístolas*.

(2) Véase la *Autoridad de los libros del Nuevo Testamento*, por du Voisin;—la obra del docto William Palley, *Hæc Paulinæ*;—la *Introducción hist. y crit.* por J. B. Glaire, tom. VI. |

(3) San Marcos, XVI, 20.

reses tan poderosos de religion, que por las montañas y los mares, se enlaza con el libro de las *Actas* y con las *Epístolas*. Esa tradición, en otros puntos que se refieren á sus creencias, aparece rota por disensiones profundísimas; pero en cuanto á los hechos que nos ocupan, hoy, ayer, siempre, en todas partes se rinde un tributo unánime á su incontestable verdad. *Quinta garantía.*

Los hechos atestiguados por el libro de las *Actas*, por las *Epístolas* y por esa tradición tan digna de fé, eran hechos públicos capaces de excitar el mas vivo interés, esencialmente unidos á una cuestión de vida ó muerte entre el judaismo y el paganismo por una parte y el cristianismo por otra; de consiguiente objeto de la mayor atención, de la discusión mas animada: nunca han sido negados por los contemporáneos mas encarnizados contra la religion cristiana, como veremos muy en breve: han sido creídos por una multitud inmensa, ya en los sitios en que pasaron, ya en los países mas distintos; han sido creídos, á pesar de las preocupaciones nativas de la religion judáica ó pagana, y de las pasiones mas vivas y mas halagüeñas, y por hombres sensatos, despues de un maduro examen (1): han sido creídos como consecuencia y prueba á la vez de los milagros de Jesucristo, y particularmente de su resurrección y de su ascension al cielo. Porque es una verdad histórica en su mas alto grado, que los apóstoles predicaron en otro tiempo la resurrección y la ascension de Jesucristo, y que esa predicación obtuvo el mayor éxito entre los judíos, y especialmente entre los gentiles: estos son dos hechos que no pueden ponerse en duda mas que los hechos de César ó de Alejandro. Luego, por una parte, el testimonio constante, generoso y arriesgado de los apóstoles, y por

(1) Así es que Tertuliano decia á los paganos de su época: «En otro tiempo insultábamos nosotros á la religion de Cristo, como haceis vosotros. Hemos sido de los vuestros, porque no nace uno cristiano, sino que se hace.» (*Apolog.* XVIII).

otra el crédito que dieron á estos una porcion de judíos y millares de hombres de todas las naciones á quienes atrajeron á la penitencia (1) por medio de esa fé, nos responden evidentemente de los hechos divinos que las *Actas*, las *Epistolas* y la tradicion nos dicen que acompañaron á ese testimonio. *Sexta garantía.*

Compárense ahora los hechos antiguos de que á ningun hombre sensato es permitido dudar, con los que nos ofrecen esas garantías, y dígasenos despues si hay otro alguno que las presente mayores.

Pero que se nos muestren sobre todo hechos que privados de tales garantías, puedan todavía vencer la denegacion: este es privilegio de los hechos divinos cuya certeza establecemos. Si; supongamos que todo lo que acabamos de esponer carezca enteramente de solidez (y cuidado que admitida esa suposicion ¿qué sería de la critica? ¿qué de la historia?)... Pero hagámosla por un momento: no pido mas sino que se me permita invocar á los enemigos primitivos mas instruidos y mas encarnizados de los apóstoles, de sus discipulos y de sus obras: indudablemente, testigos de esta clase no pueden ser sospechosos. Pues bien; esos convienen en que los apóstoles y sus discipulos hicieron actos de poder sobrehumano... ¿Quién podrá, pues, negarlo razonablemente? ¿Quién tendrá derecho á ser mas incrédulo que Celso, Porfirio y Juliano (2)? Verdad es que para evitar la consecuencia de semejante confesion dicen, como de los milagros de Jesucristo, que ese poder no es divino, sino mágia, teurgia. Pero seguramente que no hubieran echado mano de ese expediente en el siglo XIX: y porque los dijese en los primeros siglos de nuestra era, ¿tendrán mas valor esos subterfugios?

No por cierto, se me contestará; pero en aquella época

(1) *Act.*, XI, 18.—Véase al fin de este capítulo la transformacion moral de los paganos convertidos al cristianismo.

(2) Véase la *Historia del establ. del cristian.*, por Bullet.—Los judíos antiguos convenian tambien en ello.

era cosa admitida generalmente por una y otra parte el poder mágico ó teúrgico: era una concesion recíproca y nada mas.—Por eso precisamente debian esos filósofos contestar, negar á toda costa, si hubiesen podido, la verdad de los hechos; porque evidentemente, al confesarlos como verdaderos se condenaban á sí mismos sin apelacion, puesto que reconocian con esa confesion la superioridad inmensa y victoriosa del cristianismo sobre el poder de la religion pagana. En efecto, los prodigios de los apóstoles y de sus discipulos sobrepujaban de tal modo á los atribuidos á los dioses de los gentiles, que á favor de esos mismos prodigios el cristianismo iba ganando sin cesar y conquistaba provincias y reinos á pesar de los esfuerzos del paganismo y de sus defensores, tan numerosos como poderosos. Estos, pues, debian á su causa, debian á sí mismos, que se presentaban públicamente como sus celosos protectores, no solo abstenerse de colocar en una misma línea los milagros cristianos y los prodigios paganos (lo cual comprometia ya grandemente la cuestion), sino oponer á los progresos incesantes de la nueva religion una barrera insuperable negando los milagros que constituian su fuerza, y suministrando la prueba perentoria de esa negativa. Esta prueba, sobre todo, si hubiesen podido acompañarla con la prueba de la realidad de los prodigios paganos, hubiera aniquilado el cristianismo y multiplicado el ascendiente y la vitalidad de la religion antigua. Pero aquellos filósofos ni lo hicieron, ni intentaron siquiera hacerlo: en presencia de aquel rio magestuoso que crecia de dia en dia é iba á inundarlo todo, en vez de procurar levantar un dique insuperable que le hubiera hecho retroceder hasta su nacimiento, se contentaron con toda su inteligencia, su habilidad y su ardor, con amontonar algunos granos de arena que debian ser tragados á la primer oleada. De consiguiente les era imposible negar los hechos: luego su confesion es el testimonio mas positivo, mas desinteresado y mas irrecusable, sobre la verdad de esos mismos

hechos de los que solo nos falta comprobar su naturaleza. ¿De dónde podían venir sino de Dios?... En Jerusalem un pobre cojo de nacimiento, de mas de cuarenta años de edad (1), y conocido en toda la ciudad, pide limosna á Pedro y á Juan: Pedro *no tiene oro ni plata, pero le da lo que tiene*: «En nombre de Jesus de Nazareth, levántate y echa á andar (2).» Y al momento se levanta el cojo *brincando y alabando á Dios, y todo el pueblo le ve andar y alabar á Dios, y cerca de cinco mil hombres abrazan la fé cristiana* (3). La sinagoga instruye un expediente solemne acerca de esa curación, y esta se hace aun mas pública y evidente (4). En Lydda, Eneó, paralítico clavado en su lecho de dolor hacia ocho años, se levanta y echa á andar á la voz del mismo apóstol, y todos los habitantes de Lydda y de la llanura de Saron, *habiéndolo visto*, se convierten (5). En Joppé cae enferma Tabitha y muere: Pedro estaba en Lydda y le envian dos hombres para suplicarle que vaya. Llega, en efecto, y dice: «Tabitha, levántate,» y al punto abre ella los ojos, se levanta, y es devuelta viva á las viudas y á los pobres que lloraban la pérdida de su madre. El hecho es sabido en toda la ciudad y produce un aumento considerable de prosélitos (6). En Lystra, un hombre baldado desde la cuna, nunca habia podido andar: Pablo le divisa entre su auditorio, le mira y le dice: «Mantente derecho sobre tus pies;» y al punto el baldado salta y camina en presencia de la multitud, y todo el mundo asombrado llama á Pablo un dios y quiere ofrecerle, igualmente que á Bernabé, que iba con él, un sacrificio solemne (7). En la capital de Samaria prueba tambien Felipe la verdad de su predicacion con *la curacion de paralíticos y cojos*.

(1) *Actas*, III, 1 y siguientes: IV, 22.

(2) *Id.*, III, 6.

(3) *Id.*, IX, 36 y siguientes.

(4) *Id.*, IV, 5 y siguientes.—Véase la *Universidad católica*, tom. XXIV.

(5) *Actas*, IX, 33, 34, 35.

(6) *Actas*, IX, 36 y siguientes.

(7) *Id.*, XIV, 7 y siguientes.

con los prodigios mas brillantes (1). De todas partes vienen á exponer en Jerusalem á los enfermos en el camino público, á fin de que pase sobre ellos al menos la sombra de Pedro, y *quedan curados* (2): tambien acuden en tropel de todas las ciudades vecinas á traer á los enfermos, y *todos recobran la salud* (3); en una palabra, los milagros se multiplican por las manos de los apóstoles (4); y así como en Jerusalem bastaba la sombra de Pedro para hacerlos, en Efeso ponian sobre los enfermos los lienzos que Pablo habia traído, y *desaprecian las enfermedades* (5).

Hablando de buena fé, unos hechos tan públicos, tan importantes, tan numerosos, seguidos de conversiones naturalmente tan difíciles, y sin embargo tan repetidas, ¿pueden explicarse por las fuerzas ocultas de la naturaleza, ó por la intervencion de Satanás? No, como no pueden explicarse así los milagros de Jesucristo; y el lector no habrá olvidado sin duda lo que expusimos sobre el particular en el capítulo V. Y fuera de eso, ¿cómo habia de querer prestarse el ángel del mal á la destruccion del mal? ¿Cómo habia de querer destruir con sus propias manos sus propios altares?... ¿Se podrán acaso explicar esos hechos por juegos de destreza? Pero el carácter moral de los apóstoles, contra quienes sus mas antiguos y violentos enemigos, como hemos visto, no han podido articular la menor cosa, rechaza abiertamente esa hipótesis. Y aun cuando así no fuese; aun cuando se supusiese en ellos toda la maldad y toda la astucia de que estaban tan lejos, toda la habilidad que desmiente la historia, se vendria á caer, por negar sus milagros, que son conformes á la razon, dignos y convenientes por todos conceptos, y ademas muy fáciles para el brazo de Dios (lo cual es evidente), se vendria

(1) *Actas*, VIII, 8, 13.

(2) *Id.*, V, 15.

(3) *Id.*, V, 16.

(4) *Id.*, II, 43; V, 12; VI, 8.

(5) *Actas*, XIX, 12.

á caer, repito, en la necesidad lógica de admitir otra porcion de milagros ridículos, absurdos, y hasta imposibles para el mismo Dios. Porque sostener que los habitantes de Jerusalem, por ejemplo, ó de Lydda ó de Joppé, abrazaron sin exámen y sin prueba, sin exámen sério y sin prueba cierta, una religion nueva contraria á todas las preocupaciones del ánimo, á todas las pasiones del corazon, á todos los gustos de los sentidos, ó que esos centenares, esos millares de testigos se dejaron engañar sobre hechos palpables y públicos, tales como enfermedades de nacimiento conocidas de toda la ciudad, y para cuya curacion súbita es la habilidad radicalmente impotente, ó sobre un hecho no menos palpable y público, el de su curacion sin otro medio que la voluntad expresada por unas cuantas palabras, es admitir el trastorno repentino y simultáneo de los sentidos, de la razon, de la naturaleza en una multitud innumerable de hombres; es dar un mentís á la sabiduría inmutable de Dios, que solo puede querer para fines dignos de ella una derogacion cualquiera de las leyes del orden fisico y del orden moral.

Hechos divinos de poder, primera causa del establecimiento del cristianismo en el mundo: segunda causa, hechos divinos de ciencia. Los apóstoles eran primitivamente hombres sin instruccion, hombres ignorantes, y su entendimiento estaba naturalmente poco desarrollado (1). Jesus, en sus lecciones, rebaja hasta el nivel de las inteligencias mas vulgares la sublimidad de lo que habia venido desde el cielo á referir al mundo (2); ellos estan todavía en grado mas inferior, de suerte que el Maestro les reprende por la pereza de su inteligencia: «¡Qué! les dice: ¿no comprendeis todavía (3)?....» Por lo demas, ami-

(1) Los paganos de los primeros siglos confesaban que los apóstoles eran ignorantes, hombres rústicos y pobres, hombres toscos que vivian de la pesca. (Historia del establecimiento del cristianismo, por [Bullet].

(2) San Juan, I, 18.

(3) San Mateo, XV, 16.

gos y enemigos estan acordes en este punto. Pero hé aquí que, poco tiempo despues de la muerte de ese mismo Jesus, se encuentran aquellos transformados en talentos ilustrados, elevados, en filósofos sublimes, admirables por la firmeza y unidad de su doctrina, y con el don de expresarse, cuando tan torpes eran poco antes en el lenguaje popular, en toda clase de idiomas (1), con una facilidad, una lucidez y una correccion verdaderamente asombrosas. A la verdad, no son pomposamente elocuentes: ¿qué necesidad tenia Dios de la elocuencia humana para su obra? Pero sin estudio ninguno anterior, como por instinto, despues de treinta ó cuarenta años de una ignorancia completa de los hombres y de las cosas, con un entendimiento tardo y obtuso, manifiestan súbitamente una erudicion, una sabiduría, una claridad de ideas que no conseguirian despues de largos estudios los talentos mas vivos, mas prontos y mas capaces; muestran una inteligencia perfecta de todas las lecciones de Jesus: el conjunto, el encadenamiento, las consecuencias de los principios que no habian comprendido en sus lecciones orales y cotidianas por espacio de tres años, todo se halla admirablemente clasificado en su cabeza, legándonos en sus escritos un cuerpo de doctrina tan maravilloso, que ofrece por una parte la expresion viva de los atributos que la razon da al Ser Supremo, y por otra la reunion de todos los móviles que pueden desarrollar en el alma humana la perfeccion moral. Escuchad, leed á Pedro, á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo; y como los emisarios de los principes de los sacerdotes y de los fariseos, asombrados al oír al Hijo de Maria (2), exclamareis espontáneamente: *Nunca hombre alguno habló ni escribió como estos hombres....* No; jamás el Pórtico ni la Academia conocieron nada tan elevado, tan puro, tan completo, tan satisfactorio acerca del hombre y de Dios....

(1) *Actas*, II, 4 y siguientes.

(2) *Nunquam sic locutus est homo sicut hic homo.* (San Juan, VII, 46).